



VIZCAYA

POR razones publicitarias de muchos años, al hablar de esta provincia, siempre nos asociamos a la idea de unas enormes fábricas, más ó menos modernas, que devoran incansablemente los miles y miles de toneladas de minerales que entregan puntualmente las minas cercanas.— Y si no es ésta la idea, pensaremos en una flota potente, que acamada en el tristón y ahumado puerto bilbaino, espera impaciente la carga.— También nos asalta la idea de las numerosas flotillas de pesqueros, luchando incansablemente contra el tumultuoso Cantábrico, para arrancarle de sus entrañas sus plateados habitantes.—

Pero yo, veo otra Vizcaya. Una Vizcaya verde y silenciosa, cargada de helechos y olor a tierra húmeda; plagada de pinares y castaños, de hayales y manzanos, donde los pastores, en su sencillez, aprenden la filosofía que nada ni nadie puede enseñar.—

Veo también—y lo siento—el espacio abierto y puro, las llanuras bellas, como grandes lagos de hierba, y entonces creo que es cuando estoy viendo realmente a Vizcaya, la verdadera, la aldeana; la que por alguna peculiaridad, forja tipos tan extraños y de tanta sencilla grandeza.— ¡No os recuerda nada aquel decir de: "...sí, pero yo sensillo, sensillo.".

Estas llanuras que producen, como la Santa Comunión, tranquilidad al alma, me recuerdan a la dulce quietud. O si esto no fuera posible, a la calma adormecedora; esa calma que en curiosa

paradoja, produce un empuje de fuerzas enormes, magníficas, incalculables, que se adentraban en el vizcaíno y le obligaban a la inquietud

para mandarle Dios sabe dónde y a qué empresas.— Díganlo si nó los titanes que, antes de los registros efectivos de la historia, aparecían por todos los mares, aún desconocidos, para perseguir a las ballenas ó, simplemente, para comerciar.—

Pero a esta sublime inquietud de año le apareció, hace muchos años un enorme nubarrón, que los diccionarios traducen como: "política". ¡Lástima!..

Como si veneno fuera, se esparció en la reciedumbre orgullosa.— ¿Que uno tiene la razón? ¿Que es el otro?

!!Qué más da!! La pena reside en que el cambio es palpable y hoy ya no es posible perseguir a las ballenas, ni comerciar, si no es dentro de unas reglas que anquilosan la iniciativa y ponen reglas legales (!Oh, dolor!) en aquellos valles que antes tanto impulso daban en su paradógica calma.—

Ignoro si los intereses políticos (qué poco entiendo de eso, Señor) ó geográficos, recomiendan para el bien común las imposiciones modernas (¿se dice así?). Ignoro también si la aportación a la Sociedad moderna exige eso.— Y ante esa ignorancia, me inclino a creer que la civilización (?) hace esas imposiciones necesarias.— Santo y bueno, pero.... ¿Y los antiguos valles? ¿La antigua santa calma y melancolía? ¿La fabulosa paz patriarcal?

¡Oh, Dios Santo.—! ¡Que pena!... ¡Qué pena!

